

NARRATIVA

Una novela sutil y engañosa

Dario Ferrari ha conseguido seducir a crítica y público italiano con una novela que satiriza el mundo académico y aborda también el terrorismo de los años de plomo

Dario Ferrari

Se acabó el recreo

Traducción de Carlos Gumpert. Libros del Asteroide. 400 páginas. 24,95 euros

JORDI COROMINAS

Se acabó el recreo, *La ricreazione è finita* en el original, es una de las mejores novelas italianas de los últimos años. Dario Ferrari (Viareggio, 1982) ha conseguido unir, tal como reza el tópico, a crítica y público de su país, si bien entre los lectores hay opiniones de todo tipo, desde los que ensalzan sus habilidades narrativas hasta los menos entusiastas con las sátiras al mundo académico o el modo de tratar el terrorismo de los años de plomo.

La novela tiene muchos niveles de lectura. El más básico consistiría en la trama sin su interlineado. Marcello es uno de esos estudiantes que se lo toman con mucha calma. Ha cumplido treinta años, vive en la casa materna en la provinciana Viareggio y solo por un golpe de suerte consigue una beca de doctorado en Letras, plegándose a las sugerencias de su director, el venerabilísimo Sacrosanti, quien le empuja a investigar al muy marginal Tito Sella, un terrorista de segunda y obra apenas estudiada.

El protagonista se adentra en un doble universo desconocido que termina por converger en la vida. El ambiente universitario le es ajeno, pero poco a poco se familiariza con sus códigos, hasta embriagarse con las búsquedas, divirtiéndose y desdoblándose.

De hecho, la narración de un episodio que dilucidar de la biografía de Se-

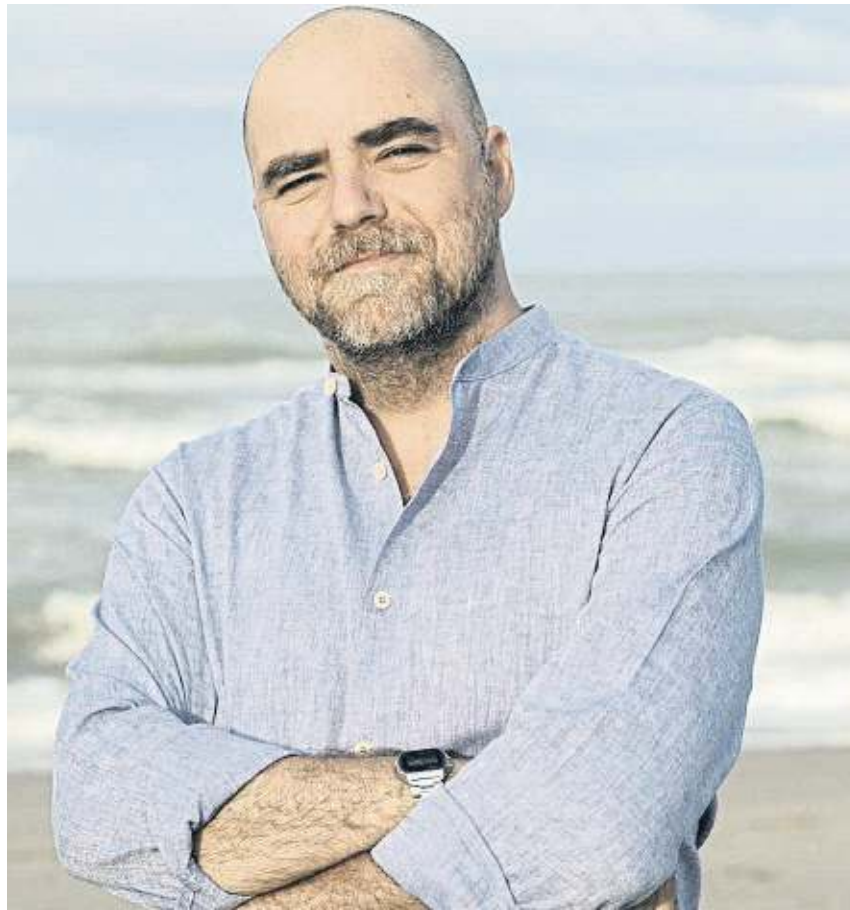
lla constituye una narración dentro de la narración, prueba de cómo la existencia del treintaero del presente se funde con la de su homólogo del pasado, comparándose tiempos y asimilándose las lecciones de antaño para intentar caminar por el hoy.

El argumento es menos simple de lo que parece. El tono y el retrato generacional no dista en exceso del leído en mucha literatura reciente y en otro tanto cine, de Veronica Raimo a películas casi de la prehistoria del siglo, como

L'ultimo bacio, de Gabriele Muccino. Los amigos de Marcello son unos fracasados que perpetúan la itálica especie de *Los inútiles* de Federico Fellini; por su parte, los laureados son unos amargados con un sinfín de traumas, algunos de ellos pistas en el entramado.

Si nos quedáramos en la superficie seríamos injustos con Ferrari, brillante en la construcción de la estructura narrativa y con el don de ser sutil cuando juega a confundirnos. En *Se acabó el recreo* puedes creer estar ante otra novela

LIBROS DEL ASTEROIDE.



generacional, pero también en una política que quizá vire al *noir* de baja intensidad con Umberto Eco de fondo.

Al mismo tiempo este abanico de posibilidades tiene otra piedra de toque en el lenguaje, de léxico variable en función del escenario, ponderándose con esmero lo grotesco del microcosmos académico, más si cabe entre los jóvenes palanganeros de los catedráticos.

El supuesto ataque a la universidad ha desviado la atención de otros hilos fundamentales. El tratamiento de los años setenta a través de las desventuras de la Brigada Ravachol se nutre de ambigüedad. Sella y los otros miembros de ese grupúsculo revolucionario eran unos pardiños más bien hastiados de vagar por Viareggio, pero al menos movieron ficha y fueron más allá de sus expectativas, a diferencia de Marcello, sólo revolucionario en sus ensoñaciones parisinas.

El único avance real para el doctorando ocurre en su cabeza. Lo exterior es parálisis, formándose otra dualidad dentro del relato. La provincia es un páramo estancado en Italia desde hace decenios y sentirse incompleto es algo inherente a la juventud. El drama de ese inmovilismo tiene al menos el consuelo de poder despertar del sopor con los libros y la literatura, los otros protagonistas de esta novela, metaliteraria sin proclamarlo a los cuatro vientos.

Ferrari es un fino orfebre, a veces demasiado ufano de su arte. Escribe como un narrador educado en una era audiovisual y, sin embargo, domina los mecanismos de la novela con mucha más soltura que la mayoría de autores de su generación. Para él puede que también haya terminado el recreo y toque ascender, con la próxima obra, el peldaño de los consagrados. /

/ Marcello es uno de esos estudiantes que se lo toman con mucha calma; ha cumplido treinta años y vive en la casa materna

El escritor Dario Ferrari

// Libroscopio

La comarca del Matarraña, esa Franja de Ponent entre el Sistema Ibérico y el macizo de los Ports de Beseit, que pertenece a Aragón y habla catalán, tiene algo magnético que atrae a novelistas, poetas y soñadores. Vendría a ser el Empordà del Sur, pero menos burgués. Los que se interesan por lo esotérico sitúan en este territorio de druidas celtas, templarios y cátaros poderosas líneas de energía. En el año 2003 el escritor andaluz Jesús Ávila Granados impulsó el congreso Matarraña Mágico, con presencia de autores como Javier Sierra, Sebastià d'Arbó o Fernando Sánchez Dragó.

Uno de los primeros literatos en sentirse atraído fue José Donoso, que se instaló en Calaceite con su familia a principios de los años 1970. En su casa de la calle de la Ruda conversó mucho con Luis Buñuel y pasaron por allí Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes. Después llegarían al Matarraña otros como la traductora Pilar Gómez Bedate y su marido, el poeta Ángel Crespo, que quiso ser enterrado en Calaceite.

Me voy hasta Valderrobres, donde me recibe el eléctrico librero y agitador cultural Octavi Serret, un currante al que la Creu de Sant Jordi por su defensa del catalán no ha cambiado su laboriosidad. En su local, Camins Serret, te vende igual una novela de Martí Gironell que una caja de vino del Matarraña o un seguro de incendios, y no es raro ver parar allí a escritores como Víctor Amela, David Monteagudo o Antón Castro. Está

La energía silenciosa del Matarraña



ANTONIO ITURBE

preparando la llegada al día siguiente de Martí Gironell. Me dice que "esto es tierra de frontera, compartimos una misma lengua con Tarragona y Castellón, y la riqueza cultural hace de ella un lugar de enganche". Aparece por allí el escritor Pedro Carbonell y reconoce que fue su esposa, Manuela, la que le abrió el camino desde Gavà al Matarraña: "La sensibilidad de mi mujer hacia la belleza es muy superior a la mía. Ella me hizo sentir que del río y sus paisajes circundantes emanaba algo que incitaba a la creatividad".

Un epicentro de actividades artísticas y culturales es el bar restaurante Inspira Delice impulsado por Isa Navarro, que hace unos meses se reubicó en el casco antiguo de

Valderrobres. Algunos autóctonos miraban con recelo su propuesta de restaurante con un altílo para alojar a los músicos y artistas que actúan en el pequeño escenario de un local de cervezas artesanas y gastronomía *slow*. "El Matarraña lo conocí hace 22 años, me enamoré de los ríos de aguas cristalinas color esmeralda. Aquí es donde he podido desarrollar mis talentos y mis sueños. Hay una gran cantidad de personas que viven en el campo, en contacto con la naturaleza. Así he criado a mi hija, en una escuela bosque junto a otras familias de muchos países diferentes".

El periodista Jordi Oliva, que dejó TV3 y se vino para escapar de la tenaza de Barcelona, me explica que "el Centro Mandala de

Valderrobres de Xavier Marina hace un poco la función de foco de transterrados".

El Centro Mandala está en la calle que arranca al otro lado del puente medieval de cuatro ojos de Valderrobres. Xavier Marina, tras 30 años en La Caixa, decidió que la vida era otra cosa: "Yo he sido víctima del vivir para trabajar, aquí se trabaja para vivir. Hay gente que busca un lugar más económico que la gran ciudad y otro silencio". El centro lo fundó con una monja budista nacida en Londres de origen indio. Le pregunto cómo acepta la gente de siempre a la nueva hornada: "Todavía falta que nos entendamos todos un poco más. Cuando el Matarraña se empezó a despoblar, empezó a llegar gente de fuera; somos ahora un 20% de la población.

Todos nos necesitamos. Al Inspira Delice de Isa al principio solo iba la gente más alternativa, pero cada vez va más gente de aquí. Ahora hay personas del pueblo que vienen a mi centro. Octavi viene cada semana una hora a meditar". Si en el Mandala son capaces de tener quieto durante una hora al hiperactivo Octavi Serret, es que en el Matarraña los milagros son posibles.



Imagen de Valderrobres

CARLOS G. FERNÁNDEZ